

The background of the entire page is a photograph of a sunset. The sun is a bright, glowing orb on the horizon, casting long, golden rays across a sky filled with soft, orange-tinted clouds. Below the horizon, a vast field of dry, golden-brown grass stretches out. Two dirt roads, marked with tire tracks, diverge from the bottom center of the frame towards the horizon, one leading left and one leading right, symbolizing a choice or a path. The overall mood is contemplative and spiritual.

Domingo J. Montero

Tentaciones en el seguimiento de Cristo

verbo divino

**Tentaciones
en el seguimiento
de Cristo**

Domingo J. Montero

Tentaciones
en el seguimiento
de Cristo

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© 2022, Domingo J. Montero Carrión
© 2022, Editorial Verbo Divino

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*
Impresión: Ulzama Digital, Huarte (Navarra)
Depósito legal: NA 2.365-2022
ISBN: 978-84-9073-855-9
ISBN Ebook: 978-84-9073-856-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prólogo	9
Introducción: Las tentaciones en la Biblia	13
I. Las tentaciones de Jesús	21
II. Las tentaciones en el seguimiento del Señor	27
1. La búsqueda del «poder»	29
2. El pragmatismo	33
3. El miedo	36
4. La tristeza	39
5. El formulismo / formalismo	43
6. La acedia	47
7. El sectarismo	50
8. La búsqueda de seguridad	54
9. La pretensión del monopolio	57

10. La exterioridad	60
11. El temor al silencio	64
12. La nostalgia	70
13. La mundanidad espiritual	75
14. La huida de la cruz de Cristo	80
15. El mimetismo	85
16. La inhibición	90
17. La tentación del «ojalá»	95
18. La mentira existencial	98
19. El «piadosismo»	105
20. La pereza	110
21. El triunfalismo	115
22. La ideologización	119
23. La «eternización» del hoy	122
24. El abandono	125
25. La impaciencia	128
26. La tentación gnóstica	133
27. La inestabilidad	136
 Epílogo: El seguimiento continúa	 141

Prólogo

Surge este libro como la segunda parte de otro ya publicado con el título *En seguimiento de Cristo*. Allí apuntaba ya el tema, que ahora abordo con más profundidad y extensión.

Al hablar de «tentación» no pretendo dar a esta expresión un tono negativo. La tentación es una señal, una alerta, una llamada de atención. Puede ser hasta positiva en cuanto que nos abre los ojos a realidades sobre las que descansábamos indolentemente sin verificar su verdad ni percibir la gravedad o trascendencia de su situación.

La tentación es una *provocación* a la libertad, a tomar el timón de la vida en las propias manos para hacer la travesía afrontando vientos y corrientes adversas, sabiendo que, aunque parezca que estamos solos, Jesús está con nosotros en la popa de nuestra nave (Mc 4,38) y compartiendo nuestro camino (Lc 24,13-35). La tentación puede suponer la oportunidad para «revisarnos» y

«revisar» la calidad de nuestro seguimiento del Señor; puede servir de termómetro para verificar la temperatura del mismo.

Es muy conveniente someter nuestro seguimiento cristiano a este control de calidad, parámetro divino y señal de la comunión con Cristo. Así exhorta la Primera Carta de san Pedro a los cristianos:

Queridos, no os extrañéis del fuego que ha prendido entre vosotros... Alegraos, más bien en la medida en que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria. Así, sed dichosos si os injurian a causa de Cristo, pues entonces reposa en vosotros el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios... Ha llegado el tiempo de comenzar el juicio por la propia familia (1 Pe 4,13-17).

El seguimiento lleva en sí la prueba. Y este control hay que hacerlo con sinceridad, valentía y humildad.

La tentación es un arma de doble filo: puede destruir o consolidar. De la primera tentación en el paraíso, el primer Adán salió derrotado y desnudo (Gn 3,10). De las tentaciones del desierto, el segundo Adán, Jesús, salió fortalecido y revestido del Espíritu (Lc 4,14).

En la tentación hay que «entrar» para descubrir todas sus posibilidades y riesgos, guiados por el Espíritu y revestidos de la armadura de Dios (Ef 6,10-18), pero no hay que «sucumbir», ni «dialogar» con ella. Como gusta decir el papa Francisco, con el tentador no hay que «dialogar», porque es muy sutil; basta solo orar y confrontar sus palabras y propuestas tentadoras con las palabras y propuestas de Dios. Fue lo que hizo Jesús (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13).

Hay tentaciones exógenas, que vienen del exterior social, que son lógicas, pues el Evangelio nos confronta con los planteamientos mundanos, y las hay endógenas, que provienen del propio interior desordenado, y son las resistencias del no amor o del amor propio (Mt 15,19).

Que el camino del seguimiento cristiano esté jalonado de tentaciones no debe sorprendernos; él mismo lo garantizó: «en el mundo tendréis pruebas» (Jn 16,33), invitándonos a la vigilancia y a la oración para no sucumbir ante ellas, pues «el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (Mc 14,38), y en la oración del padrenuestro dejó inserta la petición «No nos dejes caer en tentación» (Mt 6,13).

Es verdad que «Dios no tienta a nadie al mal. Cada uno es probado y seducido por su propia concupiscencia» (Sant 1,13-14), pero sí puede permitir la prueba, no para conocernos él, que

ya nos conoce (Sal 139,1-5), sino para que nos conozcamos a nosotros mismos, para experimentar nuestro «barro» (Gn 2,7).

Pero en la prueba nunca abandona sino que acompaña, pues

Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas. Antes bien, junto con la tentación, os proporcionará el modo de poder resistir con éxito (1 Cor 10,13-14).

El propósito de estas páginas no es especulativo ni teórico, sino pastoral: mostrar una serie de actitudes y de situaciones que pueden aparecer en el camino del seguimiento del Señor, tergiversándolo o haciéndolo peligrar. No están pensadas ni dirigidas solo a grupos «selectos» de cristianos, sino también a cristianos «de a pie», de bastón y mochila, que, con la palabra de Dios como «lámpara» (Sal 119,105) y hoja de ruta, quieren adentrarse en la senda del seguimiento.

Invito a una lectura reposada, que permita a cada uno descubrirse ante cada «tentación», que se cierra con un breve cuestionario «para reflexionar», en un intento de ayudar a concretar y profundizar su contenido.

Introducción:

Las tentaciones en la Biblia

En la historia de Israel, Dios situó al pueblo en momentos de prueba para conocer el fondo de su corazón y la solidez de sus sentimientos (Dt 8,2), pero ¿necesitaba Dios probar para conocer?, ¿no sabe Dios lo que hay en el corazón del hombre? (Sal 139). Sí, Dios nos prueba no para conocernos, sino para que nos reconozcamos ante Él.

Dios no tienta a nadie al mal; el tentador al mal es otro. Dios permite la tentación como herramienta de autodiscernimiento y de verificación de la verdad de la propia vida, pero no nos abandona en la tentación. La tentación es, pues, una posibilidad para reconocernos interiormente, pues las tentaciones más graves provienen del propio interior, de un corazón no clarificado ni purificado (Mt 15,19).

Que nadie, cuando sea probado, diga
«Es Dios quien me prueba», porque Dios

ni es probado por el mal ni prueba a nadie. Más bien cada uno es probado, arrastrado y seducido por su propia concupiscencia (Sant 1,13-15).

Y san Pablo precisa:

Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas. Antes bien, junto con la tentación os proporcionará el modo de poder resistirla con éxito (1 Cor 10,13).

No nos dejes caer en tentación

En la oración del padrenuestro, Jesús nos enseña a pedir: «No permitas que caigamos en la tentación», pero esa expresión no es una traducción literal del texto original, que suena así: «No nos sometas a tentación». El texto original griego parece, a primera vista, de difícil comprensión (*me eisenegkes* = no nos introduces). ¿Es Dios quien introduce en la tentación? Precisa J. Jeremias al respecto: «Aquí [introducir] tiene un significado permisivo: “no permitas que caigamos”». Y esta la traducción más corriente (cf. *Abbá* [Salamanca: Sígueme, 1981], 237s).

Y ¿de qué tentación se trata? No se refiere a cualquier tentación, sino a la tentación final, la que puede apartar definitivamente de la salva-

ción, la tentación de la apostasía, del rechazo de Jesús. Es la tentación por la que ora Jesús para que Pedro y los suyos se vean libres (Lc 22,31-32). Es más que la seducción ordinaria del pecado; es la prueba, la tentación escatológica que trata de arrancar a los creyentes la salvación procurada por la muerte de Cristo.

¿Prueba Dios? El Antiguo Testamento nos ofrece abundantes ejemplos de la «prueba de Dios» a Abrahán (Gn 22,1-12), a Isaac y Jacob (Jdt 8,26-27), a Israel en el desierto (Dt 8,2.16) y en el exilio (Sal 66,10-12). El libro de la Sabiduría no duda en afirmar, respecto de los justos, que «Dios los sometió a prueba y los halló dignos de sí» (Sab 3,5).

¿Y para qué? No tanto para conocer la calidad de nuestro interior (Sal 139,1-3), cuanto para que nos reconozcamos ante Él. Escribía ya Tertuliano en su obra *Sobre la oración*:

En modo alguno debe entenderse [esta petición] en el sentido de que Dios tienta, como si ignorase la fe de uno o intentase sofocarla. Solo al diablo pertenecen debilidad y malicia. Pues aun a Abrahán se le ordenó sacrificar a su hijo no para tentar su fe sino para ponerla a prueba, para hacer de él un ejemplo del precepto que luego habría de dar: Dios debe ser preferido a lo que nos es más querido.

Dios puede llevarnos a la prueba y puede permitir la tentación para que se manifieste la verdad de nuestra fe y de nuestro amor y hacer un discernimiento de la vida, como el Espíritu condujo a Jesús al desierto (Mc 1,12).

Por otro lado, la prueba es el control de calidad de la fe y la posibilidad de realizarnos en libertad (cf. Sant 1,2-4). San Pablo vivió el seguimiento del Señor en toda clase de pruebas, gozosamente asumidas (Rom 5,3). La Carta de Santiago, por su parte, advierte:

Dichoso el hombre que soporta la prueba porque, aquilatado, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman (Sant 1,2; cf. Lc 22,28-29).

Y para deshacer reticencias y estimular audacias,

fijaos en Aquel que soportó la contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis, faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha con el pecado (Heb 12,3-4).

¡Contemplar a Jesús probado (desierto, Getsemaní, la cruz...) y con qué tipo de pruebas puede resultar esclarecedor!

En todo caso, «fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuer-

zas. Con la tentación os dará el modo de vencerla con éxito» (1 Cor 10,13). Por eso el cristiano hasta a la prueba la convierte en alabanza y acción de gracias:

Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce la paciencia en el sufrimiento, pero la paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas, para que seáis perfectos e íntegros sin que dejéis nada que desear (Sant 1,2-4).

Pero hay otro «tentador», el que busca que nos apartemos de Dios. Esa es la tentación, la prueba «mala» a la que Dios no «nos induce» ni conduce (Sant 1,13), y en ella le pedimos que no nos deje caer. Sobre esa situación advierte Jesús a Pedro (Lc 22,31-32), y advierte la Primera Carta de Pedro:

Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe (1 Pe 5,8).

Y ante eso vale la recomendación de Jesús: «Velad y orad, para que no caigáis en la tentación» (Mt 26,41).

El hombre es un ser permanentemente tentado, desde el interior (Sant 1,14) y desde el exte-

rior; también el cristiano. Pues, si Dios no tienta así (cf. Sant 1,13), permite, sin embargo, una tentación así en el Hijo (Mc 1,12) y en los hijos. De hecho, según aparece en los evangelios, la existencia de Jesús transcurre entre dos grandes tentaciones: las del desierto («Si eres Hijo de Dios...», Mt 4,3.6), al inicio de la misión, y la de la cruz («Si eres Hijo de Dios baja de la cruz», Mt 27,40), al final de su vida, además de otras muchas ocasiones en que se subraya cómo el poder político y religioso se acercaron a él «tentándolo», «para tentarle»... La Carta a los Hebreos destaca este aspecto de la vida de Jesús, afirmando que así se convierte en modelo y estímulo para sus discípulos (Heb 2,18; 4,15).

En esa petición del padrenuestro reconocemos que nuestro interior no es bueno (Mt 15,19; Sant 1,14) y que, además, existen «fuerzas» externas que nos inducen al pecado; pero, sobre todo, conscientes de llevar un tesoro en envoltura frágil, con estas palabras ponemos en Dios nuestra esperanza, despojándola de toda autosuficiencia (1 Cor 10,12).

La tentación de no ser tentado

Eludir las dificultades, las pruebas, por lo que conllevan de riesgo y de incertidumbre, es una pretensión muy común. Frente a esa pretensión hacia la «huida», hacia la «inmunización», Jesús nos des-

cubre una actitud contraria: afrontar los retos, confiando no en las propias fuerzas sino en la fidelidad de Dios, que no permitirá que nadie sea probado por encima de sus fuerzas (cf. 1 Cor 10,13).

Él no rehuyó el conflicto: lo afrontó con audacia y responsabilidad. «Para eso he venido» son las palabras con que abordó la inminente realidad de su muerte.

Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! ¡Pero si he llegado a esta hora precisamente para esto! Padre, glorifica tu Nombre (Jn 12,27-28).

Siente como hombre la debilidad, la turbación, pero no huye, no abandona, sino que se abandona, se pone en las manos del Padre. Frente a la tentación del abandono, de la huida, de la inmunización, opta por abandonarse en los brazos del Padre (Lc 22,42). Como oraba san Carlos de Foucauld: «Padre mío, me abandono a ti... Pongo mi vida en tus manos..., porque tú eres mi Padre».

Abordemos la realidad en sus plurales circunstancias y conflictos

revestidos de las armas de Dios para poder resistir las acechanzas del diablo. Pues nuestra lucha no va dirigida contra meros seres humanos... Por eso, tomad las armas

de Dios..., ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados con el celo por el Evangelio de la Paz, abrazando siempre el escudo de la fe... Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Manteneos firmes en la oración (Ef 6,11-18).

El discípulo no puede ser más que el Maestro (Mt 10,24). Y el Maestro fue tentado y nos enseñó no a pedir vernos libres de la tentación sino a no sucumbir en ella.

I. Las tentaciones de Jesús (Mt 4,1-10 y par.)

Aunque las del desierto parezcan el paradigma y la manifestación más evidente de las tentaciones, los evangelistas han dejado constancia, a lo largo de sus obras, de momentos en los que Jesús aparece solicitado por una serie de posibilidades contrapuestas, y ante las que se hace ineludible una toma de postura, una opción. No son solo las tentaciones de un hombre, Jesús, sino las tentaciones del HOMBRE. El hombre es un ser tentado, y Dios, al hacerse hombre, no eludió esa realidad.

Anota el evangelista que, concluidas las tentaciones del desierto, «El demonio se marchó hasta otra ocasión» (Lc 4,13). Jesús fue tentado hasta el final de su vida, hasta la cruz (Lc 23,37). «Sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt 27,40). «A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse...; que baje de la cruz y creeremos en él» (Mt 27,42). «Sal de aquí y vete a Judea, para

que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido» (Jn 7,3-4). Es frecuentemente instado a hacer señales mesiánicas definitivas, y a veces el evangelista añade que lo decían *tentándolo* (Mc 8,11; Lc 11,16; Mt 12,38; Jn 2,18). Dentro de este contexto cabe explicarse la huida para no ser proclamado rey (Jn 6,15) y la repulsa ante la insinuación de Pedro (Mt 16,21-23).

Todo esto parece sugerir que las tres tentaciones del desierto agrupan y tipifican diversos pasajes de la vida de Jesús; que es histórico el hecho de que Jesús fue tentado y de que también parece serlo el contenido de la tentación como opción a tomar entre diversas formas de realizar el mesianismo.

En definitiva, Dios corre el riesgo de los hombres. Eso es lo que significa la tentación del Elegido: una toma en serio del hecho de la encarnación.

Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, siendo probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado (Heb 4,15; cf. 2,18).

La integridad de Jesús no podía consistir en una preservación de caer en lo mundano y en su problematicidad, ni en verse libre de lo abismal

de la pasión; debía consistir, más bien, en la posibilidad de padecerla radicalmente, sin compromisos ni convencionalismos concupiscentes.

El evangelio lo presenta empujado por el Espíritu al desierto, lugar inhóspito y acogedor a un tiempo; «archivo histórico», «espacio penitencial» y «esponsal» para la memoria de Israel. La experiencia de Jesús en el desierto, como la experiencia de Israel, fue una experiencia guiada por Dios. Dios conduce al desierto para darse a conocer, sin filtros, y para conocer sin máscaras (Dt 8,2).

Y allí pasó Jesús cuarenta días, como Moisés en el Sinaí (Ex 34,28), como Elías en el Horeb (1 Re 19,1-8). Y «se dejó tentar» (Mc 1,12). Con esta pasiva san Marcos apunta a que la tentación no se le impuso, sino que la permitió, mostrando así la voluntad de Jesús de hacerse semejante a los hombres (Flp 2,8), y de enseñarnos a ser hombres en la tentación. No deja de ser significativo que, mientras en el evangelio de san Mateo se dice de Jesús que «fue conducido al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1), Lucas y Marcos matizan más la expresión: «A continuación, el Espíritu lo impulsó al desierto, y allí permaneció cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (Mc 1,12-13; Lc 4,1-2).

Según esta precisión redaccional, Jesús no habría sido conducido por el Espíritu *para que fue-*

ra tentado por el diablo, sino que fue conducido por el Espíritu al desierto, y allí fue tentado por el diablo. El Espíritu no conduce a Jesús a la tentación, ni mucho menos al tentador, sino que es quien lo acompaña en la tentación.

Dostoyevski escribe en *Los hermanos Karamazov*:

Si hubo alguna vez en la tierra un milagro verdaderamente grande, fue aquel día, el día de esas tres tentaciones. Si fuese posible idear, solo para ensayo y ejemplo, que esas tres preguntas del Espíritu terrible se suprimiesen sin dejar rastro en los libros y fuese menester plantearlas de nuevo, idearlas y escribirlas otra vez, para anotarlas en los libros, y a este fin se congregase a todos los sabios de la tierra... ¿piensas tú que toda la sabiduría de la tierra reunida podría discurrir algo semejante en fuerza y hondura a esas tres preguntas que, efectivamente, formuló entonces el poderoso e inteligente espíritu en el desierto?... Porque en esas tres preguntas aparece compendiada en un todo y pronosticada toda la ulterior historia humana y manifestadas las tres imágenes en que se funden todas las insolubles antítesis históricas de la humana naturaleza en toda la tierra.

Como el primer hombre, Adán, y como todo hombre, Jesús estuvo expuesto a la tentación. ¡Y a qué tentaciones! La del materialismo (1.^a), la del poder (2.^a) y la de la religión (3.^a), que pretende convertir a Dios en paracaídas al servicio de la propia vanidad. Y no fueron estas las únicas. Pero él no solo las venció, sino que las iluminó, las desveló. Y así nos enseñó no solo a vencer sino a cómo vencer. Porque vencer la tentación no es solo no consentir, no solo es decir no, sino que exige iluminar esa situación tentadora desde la palabra de Dios, desenmascarando su ambigüedad y su mentira, pues toda tentación se presenta como salvadora y portadora de felicidad.

No hay que huir, sino hacer frente; huyendo se rehúye la solución. Jesús nos ha enseñado a afrontar la tentación desde la oración –«no nos dejes caer en la tentación» (Mt 6,13)– y desde la decisión responsable.

II. Las tentaciones en el seguimiento del Señor

Abordamos ahora algunas tentaciones en las que se manifiesta el «barro», la fragilidad de la vasija en la que llevamos ese «tesoro» (2 Cor 4,7). No son estas, evidentemente, las únicas tentaciones que pueden surgir ante ese proyecto de vida, pero sí pueden servir para hacer una revisión del mismo. Y se trata de tentaciones no solo personales, individuales, sino estructurales, institucionales.

El «seguimiento» es una realidad «frágil», expuesto a la tentación de tergiversarlo, de manipularlo, de ideologizarlo, de convertirlo en medio y en instrumento para alcanzar otros objetivos, cumpliéndose la recriminación de Jesús a los fariseos ante la meticulosidad de las observancias: «anuláis la palabra de Dios con vuestras tradiciones» (Mc 7,13).

Desfigurarle es una traición al proyecto de libertad que encarna y propone Jesús, y una per-

versión, porque no es solo un camino o medio de perfección personal, sino un camino, un medio de evangelización, un anuncio fiel de Jesús. Pablo, por eso, instaba a los cristianos a la responsabilidad de ser administradores fieles del don recibido (1 Cor 4,2), porque la llamada al seguimiento es un don, pues «nadie viene a mí, si mi Padre no lo atrae» (Jn 6,44).

El seguimiento debe vivirse con responsabilidad apostólica, para no confundir la fe de los más débiles (Rom 14–15). Porque no se trata de mi proyecto sino del proyecto de Jesús, cuya predilección estaba en los «menores». No se trata de tener seguidores sino de ser seguidores suyos. No se trata de ser maestros sino sus discípulos. No se trata de ser ejemplares sino de seguir su ejemplo. «Insensatos gálatas..., habéis comenzado en el espíritu para terminar en la carne» (Gal 3,3) es la recriminación que hizo Pablo a los cristianos de Galacia que, ante las «tentaciones» provenientes de falsos maestros, estaban dispuestos a claudicar del Evangelio de la cruz de Cristo.

El seguimiento no está exento de paradojas; lo estuvo ya desde el principio. A pesar de seguirlo, Jesús era un desconocido para sus discípulos. ¿Por qué le seguían? ¿Qué motivaciones, qué expectativas albergaban en sus corazones? ¿Poder, dinero, fama...? Jesús iba defraudando esas ex-

pectativas al tiempo que continuaba seduciéndolos: «¿A quién vamos a ir?» (Jn 6,68).

Y así sigue transcurriendo muchas veces el seguimiento de Jesús: entre el desencanto y la seducción; entre estar dispuestos a dar la vida y esconderse y renegar de él, pero siempre con la esperanza de querer estar en su camino. En el seguimiento del Señor hay que estar muy atentos, porque «el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (Mt 26,41) y podemos confundirnos y confundir.

1. La búsqueda del «poder»

*Los últimos serán los primeros,
y los primeros los últimos.*
Mt 20,16

En el reducido grupo de los discípulos pronto surgió la pregunta por «el más importante» (Lc 9,46; 22,24; Mc 9,33-34) y por la reivindicación de los puestos de presidencia (Mc 10,37). Y el tema debió plantearse con bastante intensidad. ¡En el fondo era un grupo humano!

Pero, gracias a esa discusión, el Señor ofreció una respuesta clarificadora: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35) y descalificadora:

Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes los oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos (Mt 20,24-28).

El seguimiento implica asumir las actitudes de Cristo, que «siendo de condición divina se despojó de su rango» (Flp 2,6-7) y descendió a las zonas más profundas del servicio humano, lavando los pies de los discípulos (Jn 13,5), ciñéndose la toalla y convirtiendo esa actitud en ejemplar (Jn 13,12-15). Desde ahí sirvió Jesús. Y desde ahí hay que seguirlo, pero no solo con lavados «rituales». Jesús invita claramente a no ambicionar las presidencias ni «los primeros puestos de los banquetes» (Lc 20,46).

La Iglesia está llamada a ser una comunidad de servicios mutuos, donde no hay superiores natos ni «eternos», ni títulos nobiliarios:

No os dejéis llamar «Maestro», porque uno solo es vuestro Maestro; ni tampoco os dejéis llamar «Preceptores», porque uno solo es vuestro Preceptor, Cristo... y vosotros todos sois hermanos (Mt 23,8).

Y esto cuesta entenderlo y más aún practicarlo, aunque sea «espiritualizando» los títulos. Los privilegios y privilegiados los situó e identificó Jesús en las bienaventuranzas.

La tentación del poder puede disfrazarse en no pocas ocasiones de buenas intenciones y loables objetivos, pero al final acaba por descubrir sus frutos: autosuficiencia, abuso de autoridad, vanidad... El papa Francisco está advirtiendo con particular insistencia de esta tentación, que él denomina «carrerismo» y «clericalismo» en sus alocuciones dirigidas especialmente al clero: obispo, sacerdotes y seminaristas, y a la vida religiosa. Una perversión que no duda en calificar como «lepra», «lacra» y «cáncer» en la Iglesia.

El escalafón en la Iglesia debe estar inspirado en el Evangelio, en sus criterios; la única aspiración debe ser a la perfección cristiana; el puesto que se ha de ambicionar y ocupar es el más humilde y cercano a los humildes, haciéndose «todo para todos» (1 Cor 9,22), pues solo ahí se estará cerca del Señor.

El seguimiento del Señor no puede instrumentalizarse para conseguir «ascensos» y puestos de privilegio. La perspectiva del poder y del privilegio es incompatible con la vía del seguimiento. Frente al deseo de *emergir* sobre los otros, Jesús propone el *sumergirse* en servicio de los otros. No se trata de demandar puestos a la derecha o a la izquierda; el

puesto que recomienda Jesús es el puesto central, el que ocupó él, lavando los pies (Jn 13,1-14). Y esto supone una llamada de atención a una Iglesia permanentemente tentada de confundir o identificar la «presencia» con la «presidencia», el servir desde el poder, confundiendo el poder servir con el servicio del poder y desde el poder.

Comunidad de los creyentes en Cristo, la Iglesia solo será útil y significativa para los hombres, y sobre todo fiel a su fundador, en la medida que sea alternativa; en la medida que rompa con la lógica de lo mundano. «No sea así entre vosotros» (Mc 10,43). Cuando se dedique a copiar estructuras administrativas de pervivencia... Cuando en ella surja la impresión de la existencia de dominados y dominadores... Cuando la burocracia sofoque, ahogue a la gracia... Cuando aparezcan estas señales de alerta, abrid otra vez esta página de san Marcos.

El «carrerismo» convierte la llamada al servicio en obsesión por el autoservicio. Y hace serviles a los que están dispuestos a vender lo más sagrado —dignidad, libertad, amistad...— por un poco más de poder. La carrera por el poder en la Iglesia es, en el fondo, ridícula: pone al descubierto las carencias más profundas del alma. Muestra el vacío interior de quien solo encuentra alimento en la vanidad. Evidencia que el Señor no es el lote de su heredad (Sal 16,5), sino que su espe-